

EXTERMINIO MUNDIAL DE LA LEPROA

POR W. M. DANNER

Secretario General de la Misión Americana para Leprosos

¿Cuándo se logrará?—El mundo hubiera podido verse libre de la lepra desde hace mucho tiempo; y, sin embargo, la enfermedad ha invadido aun a los Estados Unidos. No obstante, Inglaterra y Francia, que en un tiempo se sintieron amenazadas con la presencia de numerosos leprosos, se encuentran libres de ellos. A todos los países les es posible verse igualmente libres de esta tremenda enfermedad; pero su liberación no debe procurarse de acuerdo con el mismo método de que para ello se valió Inglaterra, si bien hay que emplear el mismo principio, a saber, la *segregación*. En vez de las leyes rigurosas que agravaron la dolorosa suerte de los leprosos, deberían emplearse medios humanos que proporcionen comodidad, dicha y esperanza a los leprosos y seguridad al mundo.

En apoyo del insistente llamamiento actual para libertar al mundo de la lepra encuéntranse dos requisitos esenciales y justificados. El uno es la necesidad económica y el otro el mandamiento de Cristo. La comisión para la eliminación de los leprosos, comprendió que debíamos libertarnos de la lepra; y es indudable, que el mundo lo hubiera podido obtener desde hace mucho tiempo. Puede conseguirlo en el curso de muy pocos años. Todo lo que se necesita es acción gubernamental ilustrada y esfuerzo decidido. Si esto es así, parece que es un deber, cuando no un honor, de todos aquellos que representan su nación el ocuparse de la cuestión de la lepra y de su curación.

La lepra es una pérdida social.—Quizá hemos pensado demasiado en la lepra, y en la espantosa desfiguración y la horrenda desmembración que produce; mas, ¿por qué no ha apresurado esa misma visión el alivio que aún hoy les es negado a millares de estos desdichados? Sea como fuere, la lepra reclama por otros motivos la atención de los que piensan y son humanos. Con mayor efectividad que cualquiera otra enfermedad, le lepra priva a sus víctimas de toda esperanza de ser útiles a la sociedad. El leproso llega a ser una pérdida completa para la sociedad como trabajador intelectual o manual. Tenido hasta ahora como incurable, aun cuando realmente no lo sea, ha constituido en vez de un cuidado temporal, una carga permanente para la sociedad. La capacidad adquisitiva total que pierden los dos o más millones de leprosos que actualmente existen en el mundo, y el costo de su cuidado y sostenimiento significan un

despilfarro deliberado, ya que la enfermedad puede eliminarse dentro de un período de tiempo razonable y que, de ese modo, se evitaría la continuación indefinida de esa pérdida y de esa amenaza.

Manera de detener la pérdida.—En vez de contarlos como un número igual de hombres y mujeres de cuerpos y mentes sanos (sin tener en cuenta el de los que los cuidan) que contribuyen con su cuota a la labor constructiva del mundo, tenemos que ver a los leprosos como una afrenta en nuestros caminos, como un peligro en nuestros hogares, o como un gravamen constante para el tesoro público. Hay que tener en cuenta que si la lepra reduce gradualmente sus infelices víctimas a la impotencia, esos parias de la sociedad aspiran un día a llegar a ser ciudadanos útiles. El hecho aterrador consiste en que en vez de tratarse un problema que, como en el caso de la tuberculosis, cuya sola magnitud nos espanta, afecta a millones de seres, la lepra no daña en todo el mundo sino a poco más de dos millones de personas, distribuídas de tal suerte que cada país donde hay víctimas de la enfermedad tiene en sus manos los medios de hacer desaparecer completa y prontamente el mal.

El proyecto presentado en 1916 por la Comisión de Salubridad Pública y de Cuarentena Nacional del Senado de los Estados Unidos para el que se destinaba la suma de 255,000 dólares para la compra de un terreno y la construcción de un edificio para un Lazareto Nacional, proyecto que se convirtió en ley, establece que “la lepra es una enfermedad contagiosa, repugnante, mutiladora y crónica.” Los peritos que declararon ante la Comisión fueron de parecer que si se segregaba convenientemente a los leprosos de los Estados Unidos se impediría la ulterior propagación de la enfermedad y que el problema quedaría reducido a insignificantes proporciones en corto espacio de tiempo. Se hizo ver que con el establecimiento de lazaretos nacionales en otros países la lepra había sido extirpada.

La señal de socorro del leproso.—El leproso es un ser humano y esto constituye lo más interesante del asunto. Pero debe reconocerse que el leproso es una amenaza para sus prójimos. ¿Por qué es que su presencia detiene el curso ordinario de nuestros pensamientos, obstruye nuestras simpatías y nos convierte en una turba herida de pánico que trata de escapar de un peligro inminente? Es porque sabemos que lo que la lepra les produce a sus víctimas es dejado en libertad para que prosiga su curso. Sabemos que los viajeros pueden visitar aquellos países donde todavía los leprosos no reciben asistencia cristiana o del Gobierno; sabemos que ellos traen consigo los gérmenes de una enfermedad que, poco importa que sean mendigos o magnates, hace que la gente rehuya su contacto. Sin amparo amistoso, siéntense

prontamente desahuciados y todos los que se les acercan tienen probabilidades de hallarse un día en la misma situación. La enfermedad es contagiosa, y como frecuentemente no se descubre desde un principio surge de aquí el horrible temor de que el leproso ha contaminado a su familia, a sus vecinos, a sus clientes o a los turistas que cruzan la tierra de uno a otro extremo.

Sin embargo continúa siendo un ser humano.—Pero el leproso es un hombre, una mujer o un niño de cuyo humano corazón se escapa un grito en demanda de simpatía y de amparo, de una mirada bondadosa, de una palabra amigable y de un tratamiento consolador, un anhelo tal como el que no exhala ningún otro torturado corazón. Después de muchos siglos de abandono y de sufrimiento, él envía a todos los vientos a través del mundo su señal de peligro, el grito de socorro del leproso. ¿No es ya tiempo de que demos oído a su llamamiento y le respondamos: “Aguarde? ¡Estamos en camino!”

Salvamento de los no contaminados.—La faz que puede llamarse más importante en la segregación de los leprosos es el aislamiento de los niños respecto de sus padres en la esperanza de que escapen del contagio y lleguen a ser hombres y mujeres sanos. La lepra no es hereditaria y, de consiguiente, todos los que se ponen en contacto con un leproso no contraen la enfermedad. Sin embargo, uno de los medios más evidentes de la propagación de la lepra es la vida en común de los padres leprosos con sus hijos. Con la provisión de medios para su temprana separación, teniendo siempre en cuenta la consideración que se les debe a los sentimientos paternos y con su consentimiento voluntario, la sociedad recibe su mayor protección. En ocasiones, un hijo de leprosos presenta síntomas de la enfermedad y se le trata separadamente. Otro de los inestimables aspectos de la segregación es el de poder tratar la enfermedad en sus períodos iniciales. Es deber del Gobierno estar al tanto de todos los casos de lepra que se presenten en el interior del país, segregar inmediatamente la infortunada víctima, rodearla de cuidados y consideración, y, cuando se trate de un padre o de una madre, salvar al hijo. De este modo protegemos la sociedad, o, lo que es lo mismo, nuestras familias.

Una de las prerrogativas de la Misión para los Leprosos consiste en procurar el bienestar tanto intelectual como social y el desarrollo espiritual de esos pupilos de los gobiernos. No debe perderse de vista la necesidad de proporcionarles ocupaciones en que empleen su tiempo. No sólo el sufrimiento sino la ociosidad fueron en lo pasado la parte que les cupo a los leprosos. Privados de toda ocupación humana, su inteligencia dejaba de desarrollarse al paso que su cuerpo se arruinaba.

Hay que reconstruir la inteligencia del mismo modo que el cuerpo, y la labor que se haga en favor de los que todavía están hábiles es una merced divina. Debido en parte a la labor de la Misión para Leprosos, los gobiernos de muchos países están prestándole nueva atención a esta enfermedad y están persuadidos de que la solución del problema de la lepra comienza en la segregación. Una de las fases alentadoras de esta actitud gubernamental es la adopción de los métodos recomendados por la Misión para Leprosos con respecto a casas convenientes para los enfermos y a la organización y administración de las colonias y establecimientos de leprosos. Según el doctor Heiser, esta iniciativa constituye un valiosísimo aporte para el bienestar de la humanidad. Otro de los resultados de la labor de la Misión es la educación del público en lo que concierne a la lepra y gracias a la cual se ha llegado hasta el punto de creer en la posibilidad de realizar un paso hacia adelante para libertar al mundo de la lepra.

¿Dónde están los leprosos?—Los leprosos existen en todo el mundo y se hallan diseminados por casi todos los países, perteneciendo a casi todas las razas. Probablemente, Rusia cuenta con mayor número de leprosos que cualquiera otra nación de Europa. Toda la costa occidental de la península escandinava se halla infectada. Algunas regiones de España y de Portugal están bastante infectadas y a lo largo de la orilla septentrional del Mediterráneo también hay leprosos. Puede decirse que la India y la parte meridional de China son focos de lepra. También hay muchos leprosos en el Japón. Las Islas Filipinas tienen unos 5000, habiéndose reducido considerablemente el número anterior mediante la segregación científica. Las Islas Hawái contienen un pequeño número. Casi todo el litoral de África se encuentra infectado, siendo grande el número de leprosos que hay en algunas partes del mismo. Igual cosa ocurre en Madagascar.

La América del Sur no se halla en modo alguno libre del contagio, que se propaga por la América Central y por México, donde es muy serio. La Oceanía y las islas del Pacífico no han escapado a la enfermedad. Aún la remota Islandia posee su colonia de leprosos, y Groenlandia conoce la enfermedad. Existen leprosos en el Canadá y también en los Estados Unidos. En verdad, no es demasiado temprano para comenzar una campaña educativa en cada una de las naciones donde existe el mal. El cómputo hecho por el doctor Browning respecto de la América del Sur se considera digno de atención y se presta al menos para un estudio limitado de la situación. Ella incita a que se hagan nuevos trabajos tendientes a la eliminación total de la lepra en esa parte del mundo.

Las investigaciones realizadas hasta el presente indican que la lepra

existe en todos los países de la América del Sur con excepción de Chile. Colombia parece ser el país sudamericano que posee el mayor número de leprosos, aun cuando la proporción de Venezuela, el Ecuador, el Brasil, la Argentina y el Paraguay es elevada. La enfermedad existe principalmente en aquellos países donde es considerable la población negra o mestiza. La mayor parte de los enfermos de los hospitales de leprosos de esos países son gentes de color. La actitud con que se mira la enfermedad no es de profundo y general horror por aquella. La indiferencia existe respecto a la enfermedad y la facultad que se les concede a los leprosos de andar por las calles, sólo puede corregirse por medio de una propaganda educativa. Parece que sólo se les da parte a las autoridades cuando los enfermos llegan a ser una carga para sus familias o cuando por lo desfigurados que están producen repulsión.

Nuestro representante nos informa que de las diez repúblicas de la América del Sur, únicamente cuatro, a saber, Venezuela, Colombia, el Ecuador y el Brasil, cuentan con leyes que pueden considerarse severas con respecto a la segregación de los leprosos. Esas cuatro repúblicas sostienen hospitales de leprosos; pero aun en esos países no obstante ser buenas en sí, las leyes no se aplican estrictamente. Nuestra investigación pone de manifiesto que las autoridades de la mayor parte de los países mencionados recibirían con agrado cualesquiera auxilios o indicaciones para combatir la enfermedad. Esto conduce a la pregunta muy natural, relativa a los métodos de cooperación con los cuales pueda la América del Sur unir sus esfuerzos para realizar primero un plan nacional, luego continental y finalmente para participar en la liberación universal de la lepra.

Es evidente la necesidad de hacer extensivas las operaciones a todos los territorios del mundo en que haya leprosos y de lograr la acción aunada de los gobiernos en cuanto a la segregación de los leprosos, a fin de que puedan recibir un tratamiento adecuado. Cuando esto se alcance estará cercano el día en que el mundo se vea libre de la lepra. El derecho que los leprosos del mundo tienen a nuestras simpatías, así como el deber que tenemos contraído para con nosotros mismos y para con nuestros prójimos no pueden desatenderse. La tarea es efectiva, la necesidad urgente, se hallan al alcance de nuestras manos y debemos hacerles frente. La acción de los gobiernos será la consecuencia de una dirección apropiada y la segregación surgirá como un plan económico. El resultado será el interés y la vigilancia humanos y se transformarán millares y millares de vidas desesperadas. Por lo menos, se sanará una úlcera emponzoñada de la humanidad y el mundo se verá libre de este enemigo de su salud y de su dicha.